

## Asedio de Nápoles, 1528

Durante el primer tercio del siglo XVI, Francia estaba rodeada por las posesiones del rey español Carlos I. Y esto, unido a su obtención en 1519, tras el fallecimiento de su abuelo Maximilian I, del título de Rey de Romanos, o Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con el nombre de Carlos V, puso en riesgo a la monarquía francesa. Su rey, François I, que también había optado a aquel título, vio la posibilidad de una compensación anexionándose un territorio en litigio, el ducado de Milán, más conocido como Milanésado. A partir de ahí se desarrollarían toda una serie de contiendas entre las dos coronas, la llamada Guerra italiana o Guerra de los Cuatro Años (1521-1526), que involucraron, por una parte, a François I y la República de Venecia, contra el Emperador del Sacro Imperio, más Henry VIII de Inglaterra y los Estados Pontificios, obligados a aliarse con Carlos V y combatir las doctrinas luteranas.

En 1525 tuvo lugar la batalla de Pavía (24 de febrero) entre las tropas francesas al mando de François I y las imperiales de Carlos V. Rodeada la retaguardia francesa y cortada su retirada, los cadáveres franceses comenzaron a amontonarse unos encima de otros, muriendo alrededor de 8.000 hombres. El rey de Francia y su escolta combatían a pie, intentando abrirse paso; de pronto, François I cayó, y al erguirse, se encontró con un estoque español en su cuello, viéndose preso. Tras la batalla, François I fue llevado a España, donde se vio obligado a firmar el Tratado de Madrid por el cual Francia renunciaba al Milanésado, Nápoles, Flandes, Artois y Borgoña.

No obstante, François I no tenía intención de cumplir lo acordado en Madrid. El 22 de marzo, con la bendición del Papa Clemente VII, miembro de la familia Médicis y temeroso de la preponderancia española en Italia, declaró su desvinculación con el acuerdo alegando que había sido firmado bajo coacción. El Papa, convencido que el creciente poder del Emperador Carlos V ponía en peligro sus posesiones en Italia, envió negociadores a François I y Henry VIII para estudiar una alianza contra él, firmándose la Liga de Cognac<sup>1</sup> y reiniciándose las campañas bélicas con la intención de recuperar los territorios perdidos por los franceses.

Más tarde, a principios de enero de 1527, el Condestable de Borbón<sup>2</sup>, una vez guarnecidas las plazas que controlaba en el Milanésado, se dirigió hacia Florencia con 29 compañías de infantería española (5.000 hombres), 20 italianas (3.000 hombres), y 1.500 jinetes, éstos al mando de Philibert de Chalon, príncipe de Orange. Y tras cruzar el río Trebbia, se unió con el ejército del alemán Georg von Frundsberg, que le esperaba allí con otros 10.000 soldados.

Los florentinos intentaron comprar su retirada mediante el compromiso de abonar las pagas atrasadas de la soldadesca, pero esto no llegó a concretarse. Mientras, aprovecharon el tiempo para reforzar las plazas de Piacenza, Bolonia y Florencia. Clemente VII, quizás confiado en el apoyo de sus aliados, dirigió sus esfuerzos contra el Reino de Nápoles y su flota tomó sorpresivamente algunos puertos del Golfo, pero pronto los tuvo que abandonar por falta de recursos y de auxilio por parte de Francia.

El ejército del Condestable de Borbón representaba una seria amenaza, y para neutralizarla, el Papa ofreció una tregua al virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, comprometiéndose a restituirle sus conquistas y pagarle 65.000 ducados para que los

---

<sup>1</sup> Compuesta por Francia, el Papa Clemente VII, la República de Venecia, Inglaterra (se unió en 1527), el Ducado de Milán y Florencia.

<sup>2</sup> Charles III de Bourbon-Montpensier, que había sido Comandante en Jefe de los ejércitos franceses, se enemistó con François I por una querrela sucesoria y cambió de bando, pasando a servir a Carlos V.

imperiales se replegaran hacia Lombardía. Pero la oferta le pareció insuficiente al Condestable y fue rechazada, por lo que el ejército imperial se dirigió hacia Bolonia, por la antigua Vía Emilia, con la intención de pasar a Florencia a través de los Apeninos toscanos. Sin embargo, el paso era impracticable debido al espesor de la nieve, de manera que el ejército tuvo que dar un amplio rodeo hasta alcanzar la llanura toscana por Pieve Santo Stefano y presentarse el 20 de abril en Montevarchi, al sudoeste de Florencia. Hasta allí llegaron nuevos emisarios del Pontífice, intentando comprar por segunda vez la retirada de las tropas imperiales, aunque ahora las pretensiones del Condestable se elevaron a 300.000 ducados. Pero el Papa, que había concentrado el grueso de sus fuerzas en torno a Florencia y confiaba en la resistencia de la ciudad, incumplió el plazo de entrega.

Entonces, los imperiales saquearon algunas poblaciones de los alrededores y se dirigieron hacia Siena con intención de asediarla. Pero el 26 de abril los soldados se amotinaron al no recibir sus pagas y forzaron al Condestable a dirigirse directamente a Roma, peor defendida que Florencia y donde no se les esperaba. Llegaron ante los muros de esta ciudad en la madrugada del 5 de mayo, sorprendiendo totalmente a sus habitantes, que sólo supieron de las intenciones de los imperiales cuando estos llegaron a Viterbo.

Aprovechándose de una espesa niebla que impedía hacer blanco a la artillería de los asediados, únicamente cinco mil soldados defendían Roma, los imperiales consiguieron desalojarlos de sus posiciones y se vieron obligados a refugiarse en el castillo de Sant'Angelo. Allí también se dirigió el Papa Clemente VII<sup>3</sup>, trece de sus cardenales, los embajadores de Francia, Inglaterra, Venecia y Florencia, numerosos prelados y unos 500 soldados de la Guardia Suiza.

Una vez tomada la ciudad, y sin que nadie pudiera impedirlo, los soldados imperiales se desparramaron por la ciudad, matando, violando y saqueando *“sin respeto a Dios ni vergüenza del mundo”*. El día 5 de junio, Clemente VII, privado de toda esperanza de socorro, capituló en Sant'Angelo bajo unas durísimas condiciones, debiendo satisfacer 400.000 ducados, 100.000 al momento y el resto a los dos meses, permaneciendo prisionero en la fortaleza hasta el cumplimiento del pago *“y todo el tiempo que sea necesario hasta asegurarse que el Papa haya retirado de la Liga su ánimo”*.

El ejército imperial salió de Roma el 30 de junio, cuando la peste ya assolaba la ciudad. Las tropas fueron diezgadas por esta epidemia y sólo sobrevivieron unos 11.000 soldados. Tanto el Príncipe de Orange como el Virrey Lannoy se contagiaron de ella, recuperándose el primero y muriendo el segundo. En Roma se produjo una gran mortandad, e incluso murieron dos cardenales que permanecían encarcelados junto al Papa.

La conmoción en Europa por la violación de la Ciudad Santa y la prisión del Sumo Pontífice tuvo efectos políticos inmediatos. François I y Henry VIII renovaron su alianza, al margen de la Liga, mediante un nuevo tratado que comprometía al primero a enviar a Italia un ejército de 50.000 hombres, al mando de Odet de Foix, Vizconde de Lautrec, y al segundo a contribuir con una financiación de 30.000 ducados mensuales.

Tras forzar la sumisión de Génova, el general francés invadió el Milanésado y plantó su ejército ante Milán el 24 de septiembre. Pero ante las imponentes defensas de la plaza prefirió marchar hacia Pavía, que fue tomada el 5 de octubre y saqueada. De todas

---

<sup>3</sup> El Papa Clemente VII pudo llegar al Castel Sant'Angelo gracias al *“passetto di Borgo”*, un corredor secreto que lo unía con la ciudad del Vaticano.

maneras, el verdadero objetivo del ejército francés era el Reino de Nápoles, del cual François I había designado ya por Virrey a Louis de Lorraine, conde de Vaudémont.

Ante el giro de los acontecimientos, el duque de Mantua y el duque de Ferrara, tradicionales aliados del Imperio, cambiaron de bando y pasaron a engrosar las filas de la Liga. Por otro lado, el día anterior a la firma de este tratado, el 6 de diciembre de 1527, el Papa había sido puesto en libertad por orden del Emperador Carlos V, a pesar de no haber cumplido todas sus obligaciones económicas.

El ejército francés marchó rápidamente hacia el sur, tomando diversas plazas por la fuerza y otras que se le entregaron sin presentar batalla, cayendo totalmente en su poder las provincias de Abruzzo, Apulia y Basilicata. Entraron en la provincia de Campania el 17 de abril y el 29 del mismo mes se presentaron ante los muros de Nápoles, intentado someterla por hambre, pero en vano, pues los sitiados forzaban sus líneas con salidas diarias, propiciando numerosas escaramuzas. La situación se agravaría más para los sitiados cuando el 10 de junio apareció en aguas del Golfo la flota veneciana, perfeccionando el bloqueo naval de la ciudad. El 14 de junio de 1528, tras un mes y medio de asedio, el Príncipe de Orange escribió a Carlos V diciéndole que *“hace diez días que sólo nos alimentamos de pan y agua; la carne y el vino nos faltan y las tropas no han cobrado su paga desde hace tiempo. Ni ellos ni yo podemos superar lo imposible, y cuando haya transcurrido el próximo mes estaremos cerca del final”*. Pero esta situación desesperada cambiaría radicalmente cuando Andrea D’Oria, almirante de la flota francesa, y enfrentado por diversos motivos al rey François I, ofreció sus servicios al Emperador, que aceptó sus condiciones. Así pudo restablecerse el abastecimiento de los sitiados desde Sicilia.

En este momento, la fortuna se alió con los imperiales. En el bando francés se esperaba una pronta rendición de Nápoles, pues preveían que no podría resistir mucho más. Y justo en aquel instante apareció el tifus exantemático, una epidemia rápida y destructiva. Según Hans Zinsser, en los siguientes treinta días murieron más de la mitad de la armada francesa, y según algunas fuentes, de los 25.000 soldados únicamente sobrevivieron 4.000, muriendo entre ellos Louis de Lorraine y el Vizconde de Lautrec.

Los sitiadores franceses decidieron levantar su campo en la noche del 29 de agosto, enterrando la mayor parte de su artillería para marchar con mayor agilidad. Pero perseguidos de cerca por las tropas imperiales, los soldados del ejército francés fueron muertos o desarmados, y sólo unos pocos consiguieron ponerse a salvo. Así, una tras otra fueron recuperadas las guarniciones tomadas por los franceses, obligando a su rey francés a firmar el 5 de agosto de 1529 la Paz de Cambrai, más conocida como la Paz de las Damas, pues las negociaciones fueron llevadas a cabo, principalmente, por Louise de Savoie, madre de François I y por Margarita de Austria, tía paterna de Carlos V.